

Aproximaciones teórico-metodológicas para el estudio de la violencia política a través del mapeo colectivo. Collipulli y la cartografía de las resistencias y la represión en la “revuelta” de octubre de 2019.

Cristóbal Pérez Muñoz ¹

Patricia Cely López²

Resumen

La siguiente ponencia intenta ser una aproximación teórico-metodológica para comprender el fenómeno de la violencia política en el contexto de la “revuelta popular” en Chile, desarrollada a partir del 18 de octubre del año 2019, a través de una experiencia de mapeo colectivo en la comuna de Collipulli, Región de la Araucanía, Chile.

Partiendo de la idea que el significado está dado por los sujetos y que existe una disputa por los sentidos, en el texto se intentará establecer la relación entre espacio y memoria, involucrando a través de la cartografía social, la producción de marcas territoriales que permitan situar de manera concreta el fenómeno de la violencia en el espacio.

El ejercicio de mapeo colectivo como herramienta metodológica y soporte narrativo de las experiencias, pretendió producir memorias sobre la represión estatal y la resistencia popular, poniendo en diálogo dichas memorias y experiencias entorno al espacio urbano de cuatro organizaciones políticas y sociales de la comuna de Collipulli. De este modo, mediante el mapeo colectivo de sitios, puntos, recorridos y acciones donde la violencia política se expresó en aquellos momentos, se intentó reconstruir las memorias de la represión y la resistencia durante la “revuelta popular” en esta comuna, considerando como marco temporal las acciones que tuvieron lugar desde el 18 de octubre del 2019 y algunas semanas posteriores.

¹ Profesor de historia, geografía y Ciencias Sociales, Complejo Educacional Collipulli, Estudiante del Magísteren Ciencias Sociales de la Universidad de La Frontera. - cristobal.perez.munoz@gmail.com

² Profesora de Química, Complejo Educacional CollipulliUniversidad Distrital Francisco José de Caldas, Colombia. - patriciacely@gmail.com

Aproximaciones teórico-metodológicas para el estudio de la violencia política a través del mapeo colectivo. Collipulli y la cartografía de las resistencias y la represión en la “revuelta” de octubre de 2019.

Introducción

A partir del 18 de octubre del año 2019, asistimos en Chile a una de las más importantes movilizaciones que se haya producido en este territorio. Dada la magnitud provocada por la inflexión del desborde popular, el devenir de aquel proceso de cambio abierto desde aquellos días e interrumpido al parecer momentáneamente por la pandemia del coronavirus, marcará el futuro de lo que fuera, en el relato Estado-céntrico, la república institucionalmente más estable de la región. En Collipulli, aquel momento destituyente abierto en octubre se expresó desde los primeros días, como una disputa por el espacio público que, mediante un repertorio variado de acciones colectivas fueron tensionando la memoria y el relato histórico, quedando las narrativas de la estabilidad institucional, una vez más, diluidas.

Aquellas primaverales tardes de octubre, marcadas hasta ese momento por el monocorde bocinazo que día a día nos recuerda que allí, por el monumental viaducto del Malleco va el progreso, y con él, las promesas de la modernidad, se vieron profundamente distorsionadas por melodías disonantes, poco doctas, sonos abyectos que parecían proscritos por códigos que profesaban el “milagro chileno”, y que al parecer, generación tras generación, lo único que hacían era acumular descontento, frustración y rabia, de lo contrario, no se explica la magnitud y densidad de las acciones colectivas desplegadas. Por otro lado, es posible establecer que la violencia represiva en Collipulli es de más larga data, en efecto, el Estado, parafraseando a Weber, ha ejercido sin contrapeso el ejercicio monopólico de la fuerza en contra del pueblo mapuche y de todos aquellos cuerpos que no se han ajustado a los proyectos de modernización capitalista, extendiendo la condición colonial y capitalista en las relaciones de dominación en el contexto local de Collipulli.

Las acciones de violencia política, ya sean represivas por parte de los agentes del estado o de resistencia por parte de sujetos que se asumen colectivamente (Jorquera-Álvarez & Piper Shafir, 2018), están inscritas en el espacio público. Las marchas, barricadas, el inevitable enfrentamiento, el derribo del genocida Cornelio Saavedra de la plaza y también los perdigonazos, la persecución nocturna, el amedrentamiento, por mencionar algunos de los

hechos de violencia, ocurren en la ciudad, transformando los sentidos y significados que se tenían sobre esta. Los lugares donde tuvo presencia la violencia política, ya no serán percibidos en tanto espacios neutros, de paso, más bien la memoria que se tiene de muchos de ellos es en torno a la violencia vivida aquellos días, tejiéndose recuerdos individuales que disputan la legitimidad de la acción colectiva.

Ahora bien, las cuestiones planteadas hasta aquí permiten reflexionar en torno a algunas problematizaciones sobre el proceso de *memorialización* de la revuelta social y los mecanismos de transmisión de estas memorias, la noción de violencia y el lugar que ocupa está en la producción de significado sobre el espacio y de lo anterior, las disputas por el espacio público y la relación entre memorias y espacio, los relatos históricos hegemónicos y sus impugnaciones.

Con todo, lo que busca este ensayo es aproximarse mediante una propuesta teórico-metodológica al fenómeno de la violencia política durante la “revuelta popular” y comprender cómo se inscriben en el espacio las memorias de aquellos días, poniendo en diálogo los recuerdos de cuatro organizaciones políticas y sociales de la comuna de Collipulli, sus memorias y experiencias en torno al espacio urbano. De este modo, mediante el mapeo colectivo de sitios, puntos, recorridos y acciones donde la violencia política se expresó en aquellos momentos, se intentará reconstruir las memorias de la represión y la resistencia durante la “revuelta popular” en Collipulli considerando como marco temporal las acciones que tuvieron lugar desde el 18 de octubre del 2019 y algunas semanas posteriores.

Estallido, revuelta y rebelión.

Partimos esta ponencia aclarando que para nosotros es importante pensar el fenómeno de la violencia desde un lugar teórico, metodológico, y por qué no, ético-político, a través de un trabajo reflexivo que articule la teoría y práctica social, la comprensión histórica y acción social, esto con el fin de enriquecer los análisis de la realidad.

En relación a lo anterior, se hace necesario interrogarnos sobre algunas cuestiones que ayudan a clarificar conceptualmente el desborde de los pueblos en Chile a partir del 18 de octubre. En primer lugar, situar, debido a la amplia gama de conceptualizaciones que ha recibido el denominado “estallido social”, y dado que las categorías no son neutrales e implican un

posicionamiento político, el proceso político y social abierto el 18 de octubre del 2019 en Chile. En segundo lugar y junto a ello, preguntarnos por la composición social de los diferentes actores que jalonan aquel momento destituyente, ya que nos permitiría, de alguna manera obtener ciertas claridades sobre el fenómeno en estudio.

Según el historiador Sergio Grez (2020), habría ciertos matices entre la denominación “rebelión” y “revuelta” y que estas diferencias estarían puestas en la profundidad de la apertura de aquel momento destituyente iniciado aquel 18 de octubre. En este sentido, para este historiador, lo que comenzó como un estallido, repentino y espontáneo, desembocó en poco tiempo en un gran movimiento que no solo tuvo como objetivo principal, alterar el orden público, sino que se tornó en algo político, con una gama heterogénea de demandas y de corte antineoliberal que se expresó en la convocatoria a la formación de cabildos, asambleas territoriales, traspaso de información en redes sociales, etc. Para este autor, “estallido” y “revuelta” no permiten dar cuenta de las características del movimiento, el cual, a partir del balance a un año de iniciado lo que para él se trataría más bien de una *rebelión popular*, tendría en su seno diferentes “flujos y reflujos, avances y retrocesos y distintas fases” (*ibíd.*). No obstante, la falta de planificación y conducción, que algunos sectores quisieron asumir fracasando en el intento, junto con la ausencia de programa o plataforma programática transversal, entre otros elementos; han sido algunas de las apreciaciones críticas en torno a lo que Grez conceptualiza como *rebelión popular*.

Robinson Silva Hialgo a propósito de la presentación del libro *Contribuciones en torno a la revuelta popular Chile. 2019-2020*, del Instituto de Estudios Críticos (IEC), plantea que la denominación de *estallido* es un acto soberano que otorga propiedad a la acción en tanto sujetos movilizados con la capacidad de autodefinición. Argumenta que “estallido” es la forma en que es conocido y le hace mayor sentido a la mayoría de la gente el estado de movilización a partir del 18 de octubre. En tanto que denominación coloquial, dice este historiador, *estallido* es un concepto que, en línea con los planteamientos de Gabriel Salazar, da cuenta de un *sujeto soberano* que “recoge en la experiencia histórica [sus formas de soberanía] para reconstruirla en este nuevo proceso” (Silva, 2020).

Uno de los trabajos que más ha indagado en las definiciones de este fenómeno es el del historiador José Ignacio Ponce (2020), que en su trabajo, *Revuelta Popular. Cuando la “nueva” clase trabajadora se tomó las calles, Chile 2019*, desde una perspectiva centrada en

la identificación de clase y la convergencia de diferentes demandas ligadas a cuestiones de reconocimiento identitario, como eje analítico, que emergen desde el 18 de octubre en Chile y con la mirada en las primeras semanas de movilización, identifica dos grandes análisis en torno a la denominación de “estallido social”. Por un lado, está aquella que, desde una mirada positiva del modelo capitalista neoliberal, pone énfasis en los déficits que no ha podido solucionar la modernización capitalista neoliberal chilena, en otro sentido desde un ámbito más crítico, se encuentran algunos autores que manifiestan, que debido a la desigualdad que viven los trabajadores de los sectores populares se habría “horadado los cimientos culturales legitimantes del modelo” (Ponce, 2020: 20)³. Ambos análisis terminan centrando su reflexión en el carácter destructivo de las movilizaciones, sin observar los procesos de organización y politización posteriores.

En segundo lugar, a partir de la denominación de “estallido social”, otros trabajos que desde un enfoque diferente intentan encontrar las claves explicativas a partir de definiciones centradas en los actores colectivos que se movilizan, recuperan el ámbito de la acción de los sujetos. En este sentido, autores como Mario Garcés, Jorge Baradit, Carlos Ruiz y Hassan Akram, proponen la noción de “pueblo”⁴, para identificar una posición social transversal que permita explicar el lazo colectivo que emerge, y que coincide con una lectura de los sujetos históricos que irrumpen en tanto “variante “cuasi-metafísica” que retoma su proyecto (trans) histórico, o uno “nuevo”, propio del neoliberalismo, constituido por un gris campo social de individuos excluidos de los beneficios del “modelo” económico y político criollo” (*ibid.* pág. 22)⁵.

³ En el primero de los casos, Ponce (2020) sitúa el trabajo de Peña Carlos, *Pensar el malestar. La crisis de octubre y la cuestión constitucional*, Taurus, Santiago, 2020. Para el punto de vista más crítico, el autor cita el trabajo de Mayol, Alberto. *Big Bang. Estallido social 2019, modelo derrumbado, política inútil*, Catalonia, Santiago, 2019.

⁴ Al respecto revisar Garcés, Mario. *Estallido social y una nueva constitución para Chile*, Lom, Santiago, 2020

⁵ Ponce (2020), en el caso de la primera lectura, cita los trabajos de Baradit, Jorge, *Rebelión*, Sudamericana, Santiago, 2020; y Salazar, Gabriel, *Acción constituyente. Un texto ciudadano y dos ensayos históricos*, Tajamar Editores, Santiago, 2020. En el caso de la segunda lectura, Ruiz Carlos, *Octubre chileno. La irrupción de un nuevo pueblo*, Taurus,

A partir de los puntos de vista presentados hasta el momento, se comprende que el fenómeno que se quiere estudiar, se ajusta más a las conceptualizaciones ligadas a la denominación de *revuelta*, como lo comprende Ponce (2020), debido al marco temporal que se ha establecido, el cual no incorpora las diversas formas de politización posteriores que tuvieron lugar en Collipulli. Por su parte, si bien compartimos la perspectiva de Silva (2020) entorno a la capacidad de autodefinición de los sectores movilizados y el potencial movilizador del concepto *estallido*, esta categoría no logra abarcar el proceso de politización devenido del 18 de octubre, es decir, lo que Grez (2020) denomina como “rebelión popular”. Si bien se reconocen cuestiones de este orden que fueron incorporadas en el mapa como, por ejemplo, la ubicación de comedor popular, el lugar de realización de las diversas asambleas populares, redes de economía solidaria, entre otros, el trabajo tomó como marco temporal central las acciones desplegadas a partir del 18 de octubre y las siguientes semanas.

Volviendo a Ponce (2020), este desde una perspectiva que articule de mejor forma las explicaciones estructurales con la heterogeneidad propia de los sectores históricamente subalternizados, es decir con las dimensiones subjetivas del sujeto que emerge, propone que es la clase trabajadora la protagonista de la revuelta popular, movilizadora por la experiencia de *explotación* y *despojo* al interior del sistema capitalista neoliberal. La tensión con los conceptos de “estallido” o “reventón” estaría en sus dimensiones cuantitativas y cualitativas, en cuanto a la magnitud del proceso de movilización, su alcance temporal y territorial, el variopinto panorama de actores que convergieron en las movilizaciones, pero con un “sentido común” (Gramsci) que condensa demandas de redistribución en torno a la clase y aquellas más de corte identitario propias de las luchas ligadas al reconocimiento de los derechos de género y raza.

Ponce (2020), además, se aleja de aquellas lecturas que tienden a caracterizar “el proceso como una situación revolucionaria o de rebelión popular generalizad[a]” (*ibid.* pág. 24), más cercanos a los planteamientos de Sergio Grez, por considerar que en la resolución del conflicto, ni se dirigió a favor de los sectores movilizados, ni las rutas seguidas mediante el proceso constituyente, junto a la falta de certidumbre con respecto a la continuidad del proceso, pueden asegurar una conceptualización que proyecte un nivel mayor de organización, conducción y plataforma como lo es el concepto de “rebelión popular”.

Santiago, 2020; y Akram, Hassan, *El Estallido. ¿por qué? ¿Hacia dónde?*, ediciones El Desconcierto, Santiago, 2020.

Con todo, es posible plantear que el sujeto político que compone el proceso de movilización iniciado en octubre del 2019 es plural, ya que una serie de demandas son las que convergen en el “reventón” de octubre, no obstante, denota la sedimentación de fuerzas de 15 a 20 años atrás (Grez, 2020). El “estallido”, para Grez (2020), sería un punto de llegada que desde el 2006, incluso antes, por ejemplo, con las movilizaciones en torno a los derechos de autodeterminación de los pueblos indígenas en Chile, da cuenta de una reivindicación plural de una diversidad de sujetos históricos colectivos que se articulan bajo demandas de género, clase, etnia, cultura, Derechos humanos y ambientales, entre otros. Movimiento que según Grez es heterogéneo en su composición debido a su carácter policlasista, con diferencias de género, etarias y nacionales (Grez, 2020).

Sin duda, la multiplicidad de demandas y actores colectivos, evidencian un problema más profundo, a saber, la heterogeneidad de los sectores subalternizados, que ha dado forma al debate sobre los horizontes de expectativas de los sectores populares y sus formas de construir demandas, proyectos e identidades políticas. Retomando la perspectiva de análisis marxista, encontramos el eje que comprende la lucha dentro de un marco “anticapitalista de sus proyectos de reorganización de la vida; o si, por el contrario, se trata de experiencias de lucha que expresan articulaciones contingentes de fuerzas políticas” (De la Vega, 2019: 21)⁶. Mas allá de estas polémicas controversias, la discusión teórica permite observar que en el debate sobre la conceptualización de la “revuelta popular” chilena, el peso dado al enfoque de *clase* para realizar el análisis del proceso de movilización, es determinante en la comprensión del mismo y por otro lado, retomar el *conflicto de clase* como pivote de la comprensión del orden social, posibilita entender que más que *articulaciones contingentes* o una sola *contradicción esencial* en la lucha por la producción, reproducción y transformación de la vida en común, lo que prima en este caso es la experiencia de explotación, despojo y desigualdad en la que se encuentran los sectores dominados de la sociedad, comprendiendo la amplia gama de actores colectivos que despliegan sus repertorios de lucha. Es desde esta óptica

⁶ Para profundizar en torno al debate que intenta comprender las nuevas formas de subjetivación política recomendamos el trabajo Polo Blanco, Jorge. *Articulaciones hegemónicas, identidades políticas y lucha de clases en Ernesto Laclau y Slavoj Zizek ¿una contradicción esencial o múltiples antagonismos contingentes?*, serie Estudios, Utopía y praxis latinoamericana, año 24, n° 85, (abril-junio) 2019, pp. 37-57.

en la que se puede situar las movilizaciones de octubre, no con el ánimo de cancelar el debate sino comprendiendo la diversidad de lenguajes de las luchas subalternas, y así poderbosquejar las diversas articulaciones de las demandas de los actores movilizados, poniendo el foco más, en los puntos en común que en los particularismos y especificidades de cada lucha.

Violencia, espacio y memoria.

La mirada coetánea, aquella que fuera proscrita por la ilusión positivista que buscaba conocer y representar el pasado tal cual ocurrió, y además, con la profesionalización de la disciplina histórica, fuera relegada, ha tomado lugar en algunos debates hace bastante tiempo en el discurso historiográfico y las demás ciencias sociales (Aróstegui, 2004). Trabajar con la idea de distanciamiento temporal, como condición de científicidad para la disciplina histórica, ha sido una de las problemáticas metodológicas que la historia reciente ha tenido que debatir (Traverso, 2007; Franco y Levin, 2007). Por su parte, la rememoración y el olvido, como parte constitutiva de la memoria y eje de los estudios de historia reciente, comprende una de las tendencias actuales de la historia (Palacios, 2017). El pasado que se recuerda, no es en ningún caso, un pasado único, lineal y homogéneo, por el contrario, una lectura multi-lineal de la historia (García Linera, 2020), en tanto que posicionamiento epistemológico, permite observar con claridad “la condición multi-temporal de la heterogeneidad social que vivimos en nuestros territorios” (Rivera Cusicanqui, 2019: 19). Memorias “largas” y “cortas” se entretrejen a modo de superposición. Yuxtaposiciones temporales que marcan la experiencia en el presente. De eso se trata *pensar históricamente* (Vilar, 2004), de poner atención a las *dimensiones temporales* advirtiendo incluso sus propios límites.

Los seinales estudios sobre la memoria colectiva de Maurice Halbwachs, enfatizaban en el carácter social de la memoria, en tanto que reelaboración del pasado y no restitución de este, implica las marcas del tiempo presente (Ruiz, 2017: 56). Si bien existe una memoria individual y una colectiva, los puntos de referencia del pasado son muchas veces compartidos e incluso los recuerdos individuales se apoyan en el entorno o en las evocaciones de otros, cada uno con sus propios sentidos, de ahí que hablamos de memorias en plural. En efecto, uno de los aportes de Halbwachs estaría en proponer que la memoria se constituye en y a partir de relaciones sociales, que a su vez se sustentan en marcos sociales específicos los que, a su vez, siguiendo a Ruiz (2017), “permiten interpretar y evocar el pasado, asignar sentido a los recuerdos y fortalecer la cohesión e identidad grupal” (*Ibid.* p. 57).

Para el caso que aquí nos convoca, este autor plantea que “no hay memoria colectiva que no se desarrolle dentro de un marco espacial” (Halbwachs, 2004: 144). En primer lugar, habría que puntualizar que si bien las colectividades tienen la capacidad de transformar el espacio o los sentidos que crean a partir de su relación con estos, también se someten, adaptan y resisten a los mismos. En segundo lugar, los acontecimientos excepcionales que marcan a un grupo, vuelven a situarse en los marcos espaciales de sentido transformado la memoria colectiva, y a medida que los sentidos y significados van cambiando en correspondencia a las intensidades de los acontecimientos, va transformándose igualmente la correlación del grupo con su entorno.

Ahora bien, en su relación con el espacio, las *memorias territorializadas* (Jelin & Lengland, 2003) funcionan como un anclaje histórico y social de las colectividades a sus espacios cotidianos. Jelin y Lengland, en la introducción al ya clásico trabajo sobre *monumentos y marcas territoriales*, refieren que un espacio puede cambiar de sentido según sea recordado en el presente, lo que habla del carácter selectivo de la memoria. Las autoras, si bien ponen el acento en los procesos sociales y políticos por los cuales sitios, lugares, espacios y marcas adquieren sentido para los actores sociales, o dicho de otro modo, cómo un “espacio” se convierte en un “lugar” en contextos de violencia política, lo central de estos análisis, es que en la *semantización de los espacios materiales*, cobra relevancia las luchas por instalar narrativas sobre el pasado, sus sentidos y cómo estos se transforman. Especial atención cobra aquí, e contexto de enunciación de quien otorga estos sentidos a los “lugares de memoria” (Nora, 2009), entendidos estos últimos como “elementos materiales y no materiales (emplazamientos físicos, conceptos, palabras o acontecimientos) que se constituyen en símbolos del patrimonio memorial de una comunidad, a partir de los cuales se reorganiza y problematiza el pasado” (Ruiz, 2017: 58). Asimismo, plantean las autoras que, “como “vehículo de memoria”, la marca territorial no es más que un soporte, lleno de ambigüedades, para el trabajo subjetivo y para la acción colectiva, política y simbólica, de actores específicos en escenarios y coyunturas dadas” (Jelin & Lengland, 2003: 2), de ahí que el desarrollo de los estudios sobre la memoria pongan atención a las interacciones sociales, marcos culturales, relaciones de poder y los recursos simbólicos y materiales que en escenarios de confrontación y debate logran posicionar unos relatos sobre el pasado por encima de otros (Ruiz, 2017: 57). En este sentido, es en la ciudad donde se da “la batalla por la memoria” (Jelin, 2002), en tanto dispositivos que contienen diversas capas de experiencias y memorias en torno a ella. Allí

habitan una serie de temporalidades sedimentadas y entrecruzadas que se relacionan con los diferentes espacios de la ciudad y van configurando imaginarios urbanos, identidades y sentidos de pertenencia. A partir de lo que Huyssen (2001) denomina como “obsesión por el pasado”, es que los memoriales, monumentos y museo en tanto legitimación política, han resurgido a partir de los años 80. Este intelectual plantea que el uso del espacio público que en el Estado funciona para legitimar personajes, acontecimientos o algún imaginario sociopolítico de la construcción de la nación, habría que leerlo como una manera de “desacelerar la velocidad de la modernización” (Huyssen, 2001: 151) en momentos de abrumadora aceleración de la experiencia temporal⁷.

En la ciudad, son los monumentos, calles, edificios públicos, entre otros, los que sujetan el pasado al presente. En esto, “se juegan cuestiones que tiene que ver con lo representacional y lo performativo y las expectativas acerca de la participación de la sociedad en ese espacio público” (Jelin & Lengland, 2003: 5). De esta manera, aunque se le imprima un sentido por ejemplo al monumento, son las diversas subjetividades que interactúan con él las que otorgan las interpretaciones. Entonces de lo que se trata, plantean las autoras, es del despliegue de “un escenario de luchas de sentido, de definiciones de distintos nosotros y de competencia entre distintas memorias” (*Ibid.* pág. 7).

El monumento entonces es un artefacto cultural que opera como productor de representaciones simbólicas y relatos sobre el pasado, por lo tanto, así como existe monumentalización, entendida junto con Cortés (2020) como un proceso de construcción simbólica del espacio público, es posible también el efecto contrario, la impugnación de estos relatos por medio de la desmonumentalización. Sin embargo, el proceso de transformación de relatos, sentidos y significados que la desmonumentalización proyecta no es realizada con base al monumento mismo, sino que a su significado simbólico y las tensiones entre los diferentes relatos no se dan según Halbwach por el “apego a las piedras” (2004: 137), si nomas bien el enfrentamiento entre los grupos se dará por el peligro que significa perder “la batalla por la memoria”.

⁷ Ver al respecto Aravena, Pablo, *Sobre la hipótesis del desfase entre representación histórica y nueva experiencia del tiempo*. En Aravena, Pablo (ed.), *Representación histórica y nueva experiencia del tiempo*, Editorial América en movimiento, Valparaíso, 2019, pp. 37-48.

La memoria, en tanto objeto de la historia, encuentra su sustento en la experiencia vivida, siendo esta eminentemente subjetiva, habría, según Traverso “memorias oficiales, mantenidas por instituciones, incluso por los Estados, y memorias subterráneas, ocultas o prohibidas” (2007: 86) que van transformándose según las urgencias del presente. En torno a esta relación entre memorias “débiles” y memorias “fuertes”, Michael Pollack planteará que este abordaje no considerado por Halbwachs, por otorgar una visión positiva, cohesionadora, negociada y afectiva a la relación entre memoria individual y memoria colectiva, privilegiará “analizar cómo los hechos sociales se hacen cosas, cómo y por quién son solidificados y dotados de duración y estabilidad [...] por los procesos y actores que intervienen en el trabajo de constitución y formalización de las memorias” (Pollack, 2006: 18). Del acercamiento a las memorias de los grupos dominados y excluidos, Pollack logra establecer la importancia de observar no sólo lo dicho, sino también aquellos silencios, lo “no dicho” que se tornan casi imperceptibles pero que relampaguean, parafraseando a Benjamin, en momentos de crisis.

La violencia, por su parte, tanto en su dimensión estructural como aquella que se expresa en la cotidianidad, no es en ningún caso una entidad dada y abstracta, sino que se materializa en cuerpos, objetos de violencia y objetos que representan violencia, así como también son el resultado de la acción humana. Asimismo, estas violencias se producen en el espacio público, lugar donde la comunidad local se nuclea entorno a diferentes actividades y que a raíz de los acontecimientos descritos y la capa de experiencia que entorno a ellos se genera, la violencia, revela el potencial productor de sentido (Jelin & Del Pino, 2003: 4). Al respecto, es posible proponer una articulación entre violencia, espacio y memoria a partir de la experiencia, la memoria y la afloración de *contradicciones no-coetáneas* (Ernst Bloch) en el presente. Cuando los sujetos que viven la experiencia de la dominación, la exclusión histórica y la violencia, intentan subvertir el orden establecido, produce *memorias subterráneas* de temporalidades diversas, que según Ruiz (2017) siguiendo a Pollack, se logran mantener muchas veces por canales de comunicación no formales buscando contraponerse a la memoria oficial, se abren su lugar no sólo desde el punto de vista discursivo, sino que además intentan dejar su huella en el espacio público. Los grupos históricamente marginados en su intento por romper con las estructuras de dominación dejan en el espacio las marcas de su tránsito transformando los sentidos que existían sobre ellos, produciendo nuevos significados, lo que Jelin y Lengland caracterizan como el proceso por el cual un “espacio” se transforma en un

“lugar” revelando el potencial productor de la violencia. Estas memorias en emergencia, desafían muchas veces aquellos relatos hegemónicos donde la memoria sobre el pasado entra en disputa.

Compartimos con Julio Aróstegui (1994) que la violencia necesita un análisis *multipolar* que dé cuenta de su heterogeneidad, la complejidad de la violencia como hecho social requiere de un enfoque que ponga en el centro su multipolaridad, pero a la vez en el mismo debe tenerse en cuenta “un determinado número de variables que no impida su manejo operativo” (Aróstegui, 1994: 19), cuestión metodológica fundamental a la hora de su abordaje. En este sentido, abordar la violencia respecto a la producción social del espacio (Lefebvre, 2013), ambos como procesos que se relacionan mutuamente, y que son resultado de la acción humana, en tanto que entidades materiales y simbólicas, permite observar el fenómeno de la violencia y cómo esta produce, reproduce y transforma, a partir de prácticas sociales históricamente situadas, los sentidos sobre los espacios vividos.

Es de esta manera que la violencia, al ser un fenómeno complejo y propio de las relaciones humanas, ha sido abordado por diferentes disciplinas. El enfoque que aquí nos interesa es el historiográfico, ya que nos permite situar la violencia en una amplia gama de situaciones y otorgarle un conjunto concreto de variables que permiten definirla a partir de sus componentes relacionales en tanto “interlocución entre actores sociales y políticos en conflicto [...] dirigida contra la integridad física, las posesiones materiales o las representaciones simbólicas del adversario” (Goicovic, 2013: 16). Aróstegui señala como cuestión fundamental en el análisis historiográfico de la violencia los elementos de estructura social, de regulación política y de los contenidos simbólico-cultural. Para este autor, una definición de violencia que contenga tanto sus “límites” como la “extensión” del concepto, es aquella que la considera “como una acción, o estado, o situación, que se genera siempre, y se cualifica de manera exclusiva, en el seno de un conflicto” (Aróstegui, 1994: 29). Esta primera distinción sitúa, los hechos que a partir de octubre se dieron en Collipulli, y donde hubo empleo de la fuerza, en un marco más amplio de comprensión y que acarrea a la violencia como su rasgo distintivo, a saber, la instalación del modo colonial-capitalista de dominación y producción (Rivera Cusicanqui, 2019: 96).

De modo particular, Araya plantea que el conflicto que supone la violencia colonial y el despliegue de relaciones coloniales-capitalistas de dominación y producción, irrumpe y reproduce las estructuras de sujeción fundadas en la *desigualdad natural* y la autoridad como

ente regulador. Además de suponer un pasado latente y una *herencia* en constante reactualización, esta es una “historia de la instalación de un imaginario político, de prácticas sociales, de creación de espacios coloniales y de sujetos” (Araya, 2007: 187). Asumimos con esto, que el colonialismo y las relaciones sociales capitalistas, representan una forma de violencia amplia hacia todos aquellos sujetos que no se ajustan al proyecto modernizador llevado adelante por las élites locales y el Estado, se materializa a través de diferentes capas de dominación y articula, lo que Manuel Antonio Báez denomina como *imaginarios dominantes e imaginarios dominados* (Girola, 2012: 457) y que en la construcción de comunidad va tejiendo experiencias compartidas con base en lo territorial lo que Jelin y Del Pino denominan como *territorio sentido* (Jelin & Del Pino, 2003: 3).

En la teoría de la violencia, según Igor Goicovic, uno de los aportes del funcionalismo es establecer que esta se da como resultado de la anomia social, dada la falta de integración de ciertos sectores sociales, identificando “el conflicto social como factor precipitante de las manifestaciones violentas” (Goicovic, Pinto, Lozoya, & Pérez, 2013: 12). Al igual que Jelin, Del Pino y Aróstegui, Goicovic explica que esta corriente propone que el conflicto puede traer aparejados fenómenos positivos como el dinamismo social y el fortalecimiento de las identidades colectivas (*Ibid.*), a este respecto es posible señalar que la violencia de algún modo genera una *nueva capa de experiencia* que transforma lo social y lo espacial. En este sentido cabe señalar la contribución de Lefebvre (2013), que fue justamente poner el acento de sus reflexiones en la idea de que lo espacial forma parte constitutiva de lo social y en esta relación, la transformación de uno necesariamente implica la del otro. El espacio, no sólo como escenario de la acción, sino como un complejo entramado de relaciones que se expresan en diferentes escalas superpuestas a nivel subjetivo, territorial, simbólico y estructural, y que proyecta, mediante la acumulación de experiencias históricas previas, la producción misma del espacio.

Es la dimensión productiva del espacio, de la cual habla Lefebvre (2013), y que se relaciona con la transformación del uso esperado de este, en contraposición a la modalidad reproductiva, que pone el énfasis en las formas repetidas del uso del espacio. Para Fernández-Droguett siguiendo a Manuel Delgado, movilidad y movilización son propias de las conductas colectivas en el ámbito urbano. La primera se relaciona con el uso reproductivo del espacio, en cambio la segunda responde a la forma productiva, transformadora del espacio que no solo “transgreden los usos establecidos del espacio público, sino también los modos

de aparición que permiten o imposibilitan la presencia en el espacio público de sujetos sociales considerados como indeseables” (2017: 99).

Ahora bien, en el presente, y a partir de la profundización del modo colonial-capitalista de dominación y producción, los imaginarios dominantes, que se constituyen históricamente y son en su mayoría, el reflejo de lecturas lineales, neutras y positivistas de la historia, que subsume otras visiones de mundo y experiencias, permite reflexionar sobre epistemes que recuperen “el sentido de pertenencia que adquiere el pasado ante hechos vividos y sufridos colectivamente [...] memorias recuperadas en el aquí ahora” (Rivera Cusicanqui, 2019: 96-97), *territorialidades sentidas* que se constituyen históricamente a partir de experiencias compartidas que si bien pueden ser comunes a todos los sujetos históricos (De Certeau, 1996), “los significados asociados a ellos serán siempre construidos personalmente sobre la base de situaciones vitales y biográficas específicas” (Jelin & Del Pino, 2003: 3).

La violencia, vista como productora de sentido y cohesionadora de identidades colectivas, se relaciona con la memoria y el espacio a partir de su carácter fundante. El lugar donde ocurre la acción, no debe entenderse como algo preexistente. Observar de esta manera el surgimiento y transformación de las experiencias compartidas de una comunidad, nos remite a la idea de que la violencia ocurre impactando sobre los sentidos y significados que los sujetos otorgan a los espacios. De ahí que para Jelin, la construcción de territorialidad “trata de ver al “lugar” (place) como manifestación de la experiencia y del sentido, conectado con unas prácticas sociales” (Jelin & Del Pino, 2003: 3).

Mapeo colectivo como herramienta.

Un mapa, para Brian Harley, se puede definir como “una construcción social del mundo expresada a través del medio de la cartografía” (Harley, 2005: 61). Dicho autor, haciendo uso de la *deconstrucción*, en la relación entre realidad y representación, descentra la noción cartográfica que proyecta los espacios “como productos neutrales, técnicos y transparentes” (Brizuela, 2017: 217). El propósito de Harley es apuntar a una reformulación “epistemológica en la manera de interpretar la naturaleza de la cartografía” (Harley, 2005). Siguiendo este autor, Flores y Azocar (2017) integran un aspecto fundamental para descentrar la interpretación que se hace de los mapas como elementos representacionistas de la realidad, y que, según estos autores, Harley sintetiza como el sentido de contemplar el contexto del cartógrafo, de los otros mapas y de la sociedad en la comprensión del territorio y su devenir.

En el plano de la deconstrucción, la relación entre realidad y representación ha quedado expuesta, en tanto ideología dominante del Estado. Con Harley, asistimos a un giro analítico distinto e interesante sobre el papel del mapa como dispositivo de poder, descentrando sus aspiraciones de objetividad, neutralidad y representación total de la realidad.

Deleuze y Guattari (2004) elaboran un principio de cartografía en relación a su concepto de *rizoma*. Al igual que Harley, los autores del *rizoma deconstruyen* la noción de *imago mundi* prevaleciente en la cartografía moderna como representación fidedigna y objetiva de la realidad, como imagen neutra del mundo. Desconfían de aquella “particular representación que selecciona lo que debe ser representado y no para constituir la imagen eficaz de lo real” (Brizuela, 2017: 219). La cartografía contempla la representación no en sentido de un “mundo que esté ya dado, supone la identificación de nuevos componentes, la creación de nuevas relaciones y territorios” (Pérez, 2009: 22). El mapa, a partir del acto rizomático, tiene por facultad producir nuevas interpretaciones y relaciones, nuevos procesos, en definitiva, crear nuevos sentidos en torno a la territorialidad.

Si para Harley el mapa Estado-céntrico, intenta fijar una imagen del territorio como representación de lo real, la apuesta apunta a aceptar que “los mapas redescubren el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales” (Harley, 2005: 61). Recordemos que para este autor los mapas son textos en tanto lenguaje gráfico a decodificar, “al igual que los libros, son también producto tanto de las mentes individuales como de los valores culturales más amplios” (*Ibid.* pág. 62). En concordancia con lo anterior, el principio rizomático de cartografía, como un libro, está abierto a nuevas interpretaciones, su lectura no es inequívoca, estática, guiada por la unidad, sino más bien articulada, segmentada, *viscosa*. Es más, Deleuze y Guattari ponen en cuestión la producción de mundo y los modos de conocimiento hegemónicos; es decir, aquellos preceptos de la modernidad por considerarlos jerárquicos, autoritarios y capitalistas. El mapa-texto de Harley y el mapa-*rizoma* de Deleuze y Guattari, ambos situados en su visión crítica a partir del pos-estructuralismo, nos llevan a considerar la subjetividad del cartógrafo como un acontecimiento fundante del acto de mapear. De ahora en adelante, hacer mapas se torna un proceso complejo, devela la trama de su funcionalidad, ya sea esta imperialista, Estado-céntrica, capitalista, colonial, etc.; el asunto es que, en ambas lecturas, los diversos ejes de dominación y las relaciones de poder quedan expuestas. No obstante, plantean un *punto de fuga* que nos permite, de la misma manera, visualizar el revés de la trama. En este

sentido, “mapear vuelve a convertirse en dibujar, escribir, transformar, relatar, trazar, comunicar de otro modo” (Brizuela, 2017: 219). El nuevo cartógrafo, que tiene en consideración la madeja que acarrea la cartografía moderna, apuesta por incorporar en el análisis “lo no previsto, lo móvil, pero también lo estático, lo sedimentado” (*Ibid.*, p.219), des-monta, des-sujeta creando, como se ha insistido, nuevas realidades.

A partir de estas consideraciones, es posible establecer una relación fecunda entre ciencias sociales y geografía, que para el caso de las primeras se conoce como el “giro geográfico” o “giro espacial” (González, 2014: 153), posibilitando principalmente la incorporación de componentes subjetivos en el saber geográfico, como la experiencia, prácticas ciudadanas, la memoria, la violencia, lo cotidiano, lo sensible, etc. Tal como lo ha hecho notar Milton Santos, que si bien observa de manera crítica el *enfoque de la posmodernidad*, es uno de los precursores de la tematización multidisciplinaria de la *nueva geografía*.

Es así como el mapeo colectivo se inscribe como medio para la creación de conocimiento sobre el territorio, iniciado por los actores que viven en él. La investigación participativa, en el ámbito cartográfico, considera un “intercambio dialéctico” (Pájaro y Tello, 2014: 12) de los individuos tanto con el territorio que habitan como con los investigadores que interviene en la producción de conocimiento. Esta herramienta metodológica permite el desarrollo de construcción de conocimiento en clave dialogal, donde de uno u otro modo se tornan porosas y difusas las fronteras entre objeto y sujeto produciéndose un proceso de *doble hermenéutica* (Vasilachis citado en Katayama, 2014).

El mapeo colectivo como herramienta metodológica es designada de diferentes formas según el acento que se le quiera imprimir, encontrándose nombres como “cartografía participativa”, “cartografía comunitaria”, “cartografía indígena”, “mapas parlantes”, “contra-cartografía”, “cartografía social”, “la nueva cartografía”, etc. (Pájaro y Tello, 2014). No obstante, existiría una serie de principios que guían todas aquellas experiencias investigativas, a saber:

“... un proceso metodológico enmarcado dentro de los modelos cualitativos de investigación y consiste en hacer mapas, donde se plasma la asociación entre el entorno espacial y los seres humanos que en él habitan. El lenguaje empleado para transmitir el conocimiento generado, es aquel comprendido y reconocido por los habitantes de las comunidades estudiadas, por lo que su participación es imprescindible, pues con esta representación gráfica se pueden plasmar

aspectos fundamentales como rasgos físicos naturales, socioculturales, productivos, históricos y de defensa del territorio. Su aplicación se da a diferentes escalas y con diferentes niveles de precisión, en donde se busca dar cuenta de las demandas y necesidades de las comunidades involucradas, dando la posibilidad de manejar el territorio como un espacio para la toma de decisiones, bien para consolidar o formar una identidad territorial, para la valorización del conocimiento tradicional espacial, que ha sido determinante en la formulación de nuevos instrumentos de políticas públicas de ordenamiento territorial y para la regularización de acceso a la tierra” (*Ibid.*, p. 12)

Si bien, esta herramienta metodológica es conceptualizada de diferentes maneras y no existe consenso en sus delimitaciones y alcances, se adhiere a las definiciones que tiene en cuenta el componente crítico de este recurso teórico-práctico. Risler y Ares (2013) conciben el mapeo como:

“Una práctica, una acción de reflexión [...] que facilita el abordaje y la problematización de territorio sociales, subjetivos, geográficos [...] el mapeo es un medio, no un fin. Debe formar parte de un proceso mayor, ser una “estrategia

más”, un “medio para” la reflexión, la socialización de saberes y prácticas, el impulso a la participación colectiva, el trabajo con personas desconocidas, el intercambio de saberes, la disputa de espacios hegemónicos, el impulso de creación e imaginación, la problematización de nudos clave, la visualización de las resistencias, el señalamiento de las relaciones de poder, entre muchos otros” (Risler y Ares, 2013: 7)

Como es posible observar, mapear es algo así como hacer texto, en el sentido que le otorga Harley al mapa. Si bien el mapa no es el territorio, ni mucho menos es capaz de vislumbrar las subjetividades y las representaciones simbólicas, ya que son los sujetos quienes dan forma y crean el territorio en el andar cotidiano a través de la memoria y la experiencia; por lo menos el mapa es capaz de urdir tramas, relatos y producir territorialidades en tanto espacio colectivo en torno a lo común. Mediante el mapeo colectivo, lo que se busca, por un lado, es problematizar las narrativas cartográficas hegemónicas que se han sedimentado sobre el territorio y sus habitantes, y por otro, construir nuevos ejes significantes de la realidad socio-espacial.

Violencia política en collipulli. cartografía de las resistencias y la represión.

A partir del 19 octubre del 2019, la ciudad de Collipulli ha sido lugar de una de las movilizaciones más importantes de la historia de esta comuna. Los días sucedidos después de esta fecha, han sido de inevitable articulación y aceleración histórica. Ha un año de iniciadas las movilizaciones de los pueblos en Chile, es necesario realizar algunas reflexiones que ayuden no solo a comprender algunas cuestiones de orden teórico-metodológico, sino desde un ámbito pedagógico y político, poder pensar en los mecanismos de transmisión de la memoria y en la producción de materiales que puedan tener una mayor vinculación con los actores sociales en los procesos de investigación. Se busca problematizar aquellas visiones de carácter positivista y científicista, en lo que a generar cartografía se refiere, considerando en primer lugar al mapa como un artefacto, un documento creado por el ser humano y un texto político capaz de generar nuevos imaginarios espaciales en torno a lo territorial, y por otro lado, como una herramienta metodológica para las ciencias sociales, que posibilita una mejor comprensión de la realidad social.

A raíz de esto, surge la idea de realizar un ejercicio de mapeo colectivo de la revuelta en la comuna de Collipulli. El mapeo colectivo de la violencia política en Collipulli (VPC), en el

marco de la rebelión popular de octubre 2019, se realizó con la articulación de cuatro organizaciones sociales y políticas de la comuna: la organización feminista La Colectiva Mujeres en la Lucha, el colectivo Newen Che, la ONG Mi Territorio Sustentable, el Comedor Popular de Collipulli y personas ligadas a la cultura, entre otros. Se realizaron 5 sesiones de taller entre el mes de noviembre y diciembre de 2020, asistiendo un promedio de 5 personas por sesión con una duración de 2 hora por taller.



Figura 1: participantes del taller de mapeo colectivo realizado el 08 de noviembre de 2020.

Para la realización de cada uno de los talleres se contemplaron registros fotográficos sobre la “revuelta” en Collipulli como herramientas de activación de las memorias, además se realizó una introducción acerca de la cartografía social y sus potencialidades creativas en la sistematización de experiencias ligadas a procesos violentos y de carácter subjetivo, y sus posibilidades en la creación y disputa de las narrativas de la memoria e historia oficial. También se utilizaron noticias locales que sirvieron para confrontar algunos discursos y puntualizar aquellos momentos de mayor violencia política en la comuna. Por su parte, se dispuso de una impresión del mapa urbano de Collipulli de 120 x 90 facilitada por uno de los participantes al taller. Además de iconografía extraída del manual de mapeo colectivo de Iconoclasistas (Risler y Ares, 2013). No obstante, se dejó abierta la posibilidad que los

asistentes pudiesen crear las simbologías que se consideraran pertinentes.



Figura 2: Síntesis del primer avance del taller de mapeo participativo. 08 de noviembre 2020.

Una de las primeras cuestiones que se evidenció a partir de los talleres de mapeo colectivo, fue la necesidad de marcar en el mapa los lugares de convocatorias y las rutas de las marchas realizadas, se logró establecer la realización de más de una veintena de marchas a la fecha, dejándose trazadas con diferentes colores en el mapa. Las diversas rutas y puntos de encuentro y de llegada, bifurcaciones, terminaciones abruptas muchas veces debido a la represión, no son fruto del azar, tienen una motivación, un fin práctico, estratégico en no pocas ocasiones. A medida que algunos referentes propios del relato histórico nacional van apareciendo en el tránsito por las calles de Collipulli o en los puntos de convocatoria, el desmontaje performático de estos relatos, a raíz del descontento popular, va emergiendo. Descontento que es propio de la serie de exclusiones comunes a los sujetos movilizados y que según Allende (2019) se manifiesta como una *zona de purga* que cobra a cierto canon cultural las exclusiones históricas y ponen de manifiesto aquello “no dicho” de la historia oficial.

La representación de aquellos trayectos y punto de encuentro en el mapa, como memoria que actualiza el pasado institucionalizado y aparentemente naturalizado, adquieren un carácter simbólico para los participantes, en tanto las rutas no son en ningún caso neutrales, van recordando las gestas nacionales y a sus “grandes hombres”. Estos espacios se saturan de

actores que se manifiestan disponiendo su cuerpo en el espacio público y logran comunicar su experiencia de explotación y desigualdad en la producción del espacio, a través de la movilización y transformación de la -para nada petrificada- memoria oficial.

Las diversas memorias sobre aquellos recorridos muestran, como se dijo, diversas experiencias en torno a los espacios en Collipulli. La experiencia de recorrer sus calles por parte de los habitantes de la comuna, en tanto agentes colectivos movilizados, provee ciertas claves de lectura entorno a diversas experiencias temporales que conviven en el presente. Una de estas tiene que ver con el significado que adquieren los puntos de encuentro o convocatorias y las rutas que se realizaban para marchar. Como pasó en muchas partes de Chile, en aquellos ajetreteados días se realizaban dos tipos de movilización, con horarios, repertorios y recursos diversos, que posibilitan la producción de diferentes recuerdos sobre lo ocurrido.

La memoria de aquellos que marchaban plegados a las demandas de carácter gremial como profesores y asistentes de la educación, personal de salud, municipales, es una memoria que no se incomoda con la reproducción de ciertos relatos ligados a las memorias oficiales. Para estos, reunirse en la plaza de armas de la comuna es un acto de soberanía ciudadana ligada a la civilidad, el orden y un imaginario sedimentado en la nación como agente de soporte. Respetuosa de la institucionalidad, incluso de carabineros, marcha escoltada y obedece seguir las rutas definidas con tal de entorpecer lo menos posible el funcionamiento cotidiano de la ciudad. Por el contrario, una vez atardecía en Collipulli, se gestaba la convocatoria espontánea y la vocería sin orgánica en diferentes puntos de la ciudad, pero confluyendo en ciertos lugares estratégicos como la plaza “Lynch” o la plaza de armas. Aquí la memoria es otra. Marcada por la experiencia de la explotación y la violencia colonial de larga duración, el actor colectivo es más heterogéneo y sin agenda programática por lo menos las primeras semanas de iniciado “el estallido” a nivel local, aparecen cuerpos que expresan a partir de una serie de *repertorios*, ante la indolencia de la élite Nacional y Local, su descontento frente a la injusticia y la serie de desigualdades existentes. Si el recorrido de la marcha de la mañana comprende su paso por las calles como reclamo por la apertura o demandas dentro del sistema imperante, el recorrido de la tarde desafía el relato histórico que habla de la estabilidad sin igual de las instituciones del Estado en Chile. Los puntos de reunión y las rutas en este caso, operan como disputas por el sentido de aquellos espacios que albergan historias nacionales

heroicas, y que a partir de guardar silencios referentes a la violencia y exclusión que supone la construcción nacional, otorgan unidad al imaginario de la nación y que los sectores dominados buscan hegemonizar. La plaza Lynch, como es denominada popularmente y cuyo nombre es Marcelo Doussoulin Heyries, instala por un lado el legado de aquellos hombres que ayudaron a forjar el imaginario nacional⁸, y por otro lado, busca posicionar las figuras de las familias colonas que llegaron a diferentes lugares del Wallmapu, como mantención de una memoria del progreso facilitado por ellas. Por el contrario, la convocatoria en aquella plaza como punto de inicio de un transecto y la urgencia de marcar en el mapa aquel espacio, como forma de narrar la experiencia en torno a la violencia colonial, el despojo, la dominación y la explotación, crea nuevos sentidos y significados en torno a aquel espacio, se torna una acción que de alguna manera tensiona aquella memoria oficial de la Nación. Porsu parte, la -en ningún caso neutral- toponimia de la violencia colonial queda al descubierto. Aquellos homenajes realizados por el Estado Nacional chileno en Collipulli, en torno al proceso de incorporación forzada de este espacio a la soberanía nacional, es impugnada por voces que, alejadas de los monumentales actos y cercanas a ámbitos íntimos de transmisión de la experiencia y la memoria colectiva, interpelan buscando otros referentes y produciendo sus propias memorias. *Memorias territorializadas* que les permiten crear nuevos sentidos y densificar la identidad colectiva.

Así y todo, aparecen cuerpos en performance y una serie de *repertorios* de movilización como cantos, bailes, banderas mapuche, que están estrechamente ligados a las experiencias de esos mismos cuerpos, los cuales van aportando en la gestación de un nuevo sentido a la plaza Lynch, que, si bien no llega al nivel de disputar el nombre, como sucediera en torno a la ex plaza Italia en Santiago, si llegó a ser un punto donde se comienzan a trenzar otros significados en torno a las resistencias en Collipulli. Estos “cuerpos en presencia y movimiento” (Córtes, 2020), se apropian del espacio y son capaces de narrar la ciudad a partir

⁸ Patricio Lynch (1824-1886) fue un reconocido militar y marino chileno que prestó servicio en variadas ocasiones como la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, la Guerra del Opio, donde se enfrentó Inglaterra con China, llegó incluso a ser teniente de la flota británica. Ocupó cargos para el gobierno chileno y desde España, donde cumplía funciones de ministro plenipotenciario, colabora en la organización de varios servicios consulares en diferentes países de Europa

de las acciones enunciativas emprendidas. Cuerpos que resisten y se disponen a la luchadía a día. Sujetos sociales que tienen como recurso la experiencia común de condiciones de vida históricas y específicas y que organizan, desde la heterogénea composición de actores colectivos atravesados por conflictos de clase, etnia y género, la producción, reproducción y transformación del orden social y de los sujetos en él (De la Vega, 2019) y que configuran su subjetividad política a partir de estas acciones enunciativas.

En tanto punto de encuentro, de inicio y de llegada en algunas ocasiones también, la plaza “Lynch”, comienza a ser lo que Alvarado y Quezada caracterizan como un “espacio de la ciudad, un verdadero vértice ocupado, manchado, habitado, en definitiva, vivido” (Alvarado & Quezada, 2020: 6). Se agrega una nueva capa de experiencia a los actores sociales en torno a las resistencias, se articulan de esta forma, en la acción, memorias largas y cortas, aquellas que derivan de la profunda herida colonial, y otras como aquellas que introdujo la modernidad capitalista, actualmente en su fase neoliberal, memorias que recuerdan la violencia de la sujeción colonial y la explotación capitalista a nivel local.



Figura 3. Recorte de primer avance de mapeo participativo. 08 de noviembre de 2020.

Otro punto de encuentro que congregó las movilizaciones iniciadas en octubre de 2019, es la plaza de armas de la ciudad. En este espacio, las disputas por la memoria funcionan similar a las producidas en torno a la plaza “Lynch”. En su dimensión simbólica, es un artefacto que, articulando memorias, silencios y olvidos, busca homogeneizar y unificar el imaginario

nacional. Por su parte, la convocatoria transforma el imaginario sobre este espacio, lo reboza y lo transfigura de acuerdo al horizonte de expectativas que abre el presente. En conjunto con lo anterior, el derribo del busto de Cornelio Saavedra de una especie de torre en el centro de la plaza el 29 de octubre, similar a los puestos de vigilancia ubicados en la línea de avanzada sobre el río Malleco durante la campaña de ocupación militar de la Araucanía, y que es cartografiado, representado e incorporado a las memorias sobre la VPC, en tanto acción *desmonumentalizadora*, impugna la memoria y el relato histórico de la Nación.

Entre las hipótesis de trabajo que más se ajustan a estas lecturas en torno al derribo de estatuas en Chile, a propósito de la *revuelta popular*, es la que plantean Alvarado y Quezada (2020), la cual proponen, desde una lectura anticolonial, que el sin número de acciones de intervención de estatuas y plazas en decenas de lugares en Chile, son parte de diversos *repertorios*⁹ *desmonumentalizadores* que disputan en el espacio público¹⁰, los iconos relacionados a la narrativa de la memoria histórica colonial. Observamos, para el caso de Collipulli, que el valor que adquiere para los participantes del taller marcar en el mapa estas acciones, tiene que ver con poder sustentar su relato en torno a “gestos anticoloniales” (Allende en Alvarado y Quezada, 2020: 2) desde un dispositivo material, es decir, el mapa, da soporte a la violencia política vivida, pero también el derribo del busto de Cornelio Saavedra es recordado por los participantes como un acto de “justicia popular”. En este sentido y, otorgándole valor más al escenario de la acción que a los significados, Cortés (2020) proyecta una posible vía interpretativa a partir de comprender la performance en torno

⁹ Esta noción de *repertorio*, extraído del trabajo de Taylor, Diana. *El archivo y el repertorio. La memoria cultural performática en las Américas*, Santiago, ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2017, no deja de ser interesante toda vez que observa las performance como transmisores de la memoria social, y así, la serie de *repertorios* que se despliegan por los actores, como acciones corporalizadas, dejan de ser reducidas a descripciones narrativas, y pasan a ser vistas como escenarios.

¹⁰ Otra lectura en torno al tema es Cortés, Cleyton. *Notas para interpretar la desmonumentalización como actos performáticos de ajusticiamiento*, Crítica, <http://critica.cl/derecha/notas-para-interpretar-a-la-desmonumentalizacion-como-actos-performaticos-de-ajusticiamiento>

al derribo de estatuas como un acto donde los herederos de la nación sancionan al poder. Esta clave interpretativa asume el derribo del busto de Cornelio Saavedra en términos de un *escenario* producido por una serie de *repertorios* corporalizados que ejecutan la acción *desmonumentalizadora* y que adquiere el sentido de justicia. Según Claudia Zapata, el fenómeno del derribamiento de estatuas es una de las acciones mas potentes ya que tiene la “capacidad de perturbar el guion autoritario de la construcción nacional, embistiendo su despliegue urbano donde calles, plazas y monumentos reivindicán de manera ostentosa una genealogía invasora y patriarcal” (Zapata, 2019).

A partir de estas primeras constataciones en torno a la cartografía de la VPC, estos nuevos relatos emergen en tanto memorias subterráneas que enuncian aquellos silencios y olvidos de la Historia oficial y van adquiriendo sentido y densidad histórica, en la medida que se inscriben en experiencias de conflictos de mayor prolongación en el tiempo como por ejemplo la instalada a partir del hecho colonial o las conflictividades de *clase* propias de la sociedad capitalista.

Otra dimensión de la “revuelta popular” en Collipulli que se mapeo, fue la represión y la resistencia. Se utilizó una serie de simbología para representar la violencia con que el Estado imprimía su participación como respuesta a las movilizaciones. En este sentido, aparecen marcados en el mapa los lugares donde se producía el enfrentamiento con las fuerzas especiales de carabineros y la infinidad de barricadas en la ciudad, dibujando para ello un artesanal neumático negro con fuego rojo en su superficie. La represión, en tanto violencia de Estado, fue ubicada en diferentes partes del mapa como una manera de narrar la experiencia en torno a la violencia vivida.

En diciembre 2019, el colectivo Newen Che, como fruto del trabajo articulado con la escuela popular LER, organizaron un acto de solidaridad en la plaza de armas de Collipulli, con los cientos de víctimas por daño ocular causado por las fuerzas de carabineros en el contexto de las movilizaciones, pintando ojos ensangrentados en la torre del “defenestrado” “prócer”. En los mismos días, unas estudiantes del único liceo público de la comuna y que hasta hace poco llevaba el nombre del fundador de la ciudad, Cornelio Saavedra, con la vestimenta tradicional de la mujer mapuche, en el momento de entonar el himno nacional a propósito de la ceremonia de licenciatura de cuarto medio, se tapan un ojo y despliegan un lienzo con la frase *el pueblo unido jamás será vencido* como manera de visibilizar los excesos de la violencia política de Estado, pero también ligando diversas tradiciones culturales propias de los

sectores subalternos. En ambas acciones se invoca al cuerpo agredido, violentado por el Estado, mutilado y cegado. Cuerpos que se manifiestan y levantan por el derecho a hacer una vida y no tener que ganársela, con la convicción de que su resistencia no solo forma parte de una serie de puntos de fuga que buscan agrietar el fracturado sistema capitalista, sino que con la clara convicción de pertenecer a un sector social que se encuentra atravesado, en su condición de sujeto histórico, por contradicciones a la hora de producir y reproducir sus condiciones de vida (De la Vega, 2019: 23), condiciones que son fruto de la instalación del sistema neoliberal en Chile.

En tanto *ritual conmemorativo*, el pintado de ojos en la plaza de armas, buscaba transformar el sentido y significado del centro del civismo local. Sin hacer alago de monumentales, bulliciosas y multitudinarias manifestaciones que pudimos observar en Santiago o las capitales regionales como Concepción, Temuco o Valparaíso, cuando se intervenían espacios públicos en Collipulli, “la batalla por la marca”, como caracterizan Jelin y Lengland (2003) a aquella tensión entre quienes deciden territorializar la memoria y aquellos que buscan deslegitimar, olvidar o silenciar el pasado, se realiza como un acto íntimo, cercano, que se comenta y transmite al oído. En tanto *memorias territorializadas*, instala un sentido simbólico sobre el espacio público que busca narrar la represión a través de la representación del daño ocular en las escalinatas del monumento a Cornelio Saavedra.

El 14 de noviembre del 2019 en las intersecciones de las calles Alcázar con Bulnes, un funcionario de carabineros sufre “un estallido ocular” producto de un pedrazo en las manifestaciones de ese día. Esta acción fue marcada en el mapa y recordada, al igual que sucedió con el busto de Cornelio Saavedra, como un acto de “justicia popular” e incorporado de esta forma a la simbología del mapa. El ajusticiamiento¹¹, visto como una acción

¹¹ Para un estudio teórico sobre la noción de ajusticiamiento ver Palma Ramos, José. *Nociones sobre el ajusticiamiento político en la izquierda chilena. La visión de la izquierda sobre la vanguardia organizada del pueblo [VOP] y la acción contra Edmundo Pérez Zujovic (1971)*. En Goicovic, Pinto, Lozoya, & Pérez, 2013, op. Cit. pág. 279- 305. Además, Carnovale, Vera. *En la mira perretista: las ejecuciones del “largo brazo de la justicia popular”*. En http://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/pdf/vera.pdf

legitimadora de la violencia, es recordado como un acto que busca restablecer un sentido de justicia perdido a raíz de la violencia represiva estatal.

La violencia represiva, se manifiesta a partir de varias capas de experiencia con temporalidades que no necesariamente se ajustan al contexto de la “revuelta popular”. Así por ejemplo los participantes del taller de mapeo colectivo representaron el abuso cometido por el cabo Cristian Rivera en contra de Brandon Hernández Huentecol en 2016, quien recibiera del uniformado un disparo a quema ropa, que lo tiene hasta el día de hoy con más de 80 perdigones en su cuerpo y viviendo con plomo en su sangre. Igualmente, aparece el asesinato de Alejandro Trequil, werken de la comunidad urbana We Newen en junio del 2020. Asimismo, a parte de las convocatorias y recorridos de las marchas en la ciudad, se fijan en el mapa algunas acciones de resistencia por parte de los manifestantes como diversos cortes de ruta, barricadas, lugares de enfrentamiento con la fuerza pública, entre otros repertorios. Los lugares más emblemáticos que se intentan intervenir mediante la protesta popular son el acceso a la ciudad por la ruta que une Angol, la capital de la provincia de Malleco, con Collipulli; el acceso de la ciudad a la ruta panamericana, donde la acción iba dirigida a cortarla ruta a la altura del puente carretero sobre el río Malleco, lugar donde además se encuentra el monumental viaducto del Malleco; el acceso norte de la ciudad por la vía panamericana, donde actualmente se emplaza la comunidad We Newen y una serie de puntos en la avenida Marta González, en la periferia de la ciudad, lugar donde muchas de las marchas llegaron y se dispersaron debido al enfrentamiento con carabineros.

En todos los casos, se puede establecer una relación con el espacio toda vez que los lugares donde se produjeron acciones de violencia se saturaron de diferentes simbologías que intentaban representar la VPC. En cada sesión se fueron agregando diversas capas de experiencias en torno a la represión y la resistencia, que van modelando la transformación de los sentidos y significados en torno a los espacios donde la violencia tuvo lugar. A este respecto, es posible evidenciar la existencia de varios nodos o puntos de saturación en el mapa que van indicando la mayor incidencia de la violencia política, que a medida que avanzaba el proceso de cartografiado, iban apareciendo memorias que hablan de una apropiación del espacio donde la violencia tuvo lugar.

Un ejemplo claro de lo anterior es la serie de marcas territoriales que deja las acciones de resistencia de quienes se manifestaban e impugnaban desde la calle el modelo neoliberal y el colonialismo chileno. Las barricadas dejan en el asfalto no solo la huella del calor del fuego,

Finalmente, una de las últimas cuestiones que se trató en relación a la experiencia de mapeo colectivo, fue la relacionada con el título que debería llevar este. *Ya son las 7: cuando Collipulli despertó. Cartografía de las resistencias y la represión*, fue la denominación que se construyó a partir del trabajo colaborativo de las organizaciones que participaron del ejercicio de pensar la VPC. Este sintetiza la articulación de una serie de resistencias en el territorio de diversa data y que confluyen en luchas de género, racial y por supuesto de clase en la actualidad. Además, da cuenta del posicionamiento dentro de la movilización de estas organizaciones, ligado más a la convocatoria que aglutinaba a los sectores populares de Collipulli, y que marchaba en las tardes, que a las marchas convocadas por sectores de las clases medias de la ciudad, ligadas a demandas de tipo gremial. Desde esta perspectiva, el mapa de la VPC y los actores que participaron en la producción de él, se alinean con un relato donde la violencia no es tratada como un hecho sin sentido, sino que es una acción simbólica y con significado que transmite un mensaje a la comunidad.

Reflexiones finales

Como es posible apreciar, la disputa por el espacio público, sus sentidos y significados, abren los caminos para reflexionar sobre los sentidos de la propia historia y como en los momentos de crisis salen a flote aquellas memorias de temporalidades diversas que dan cuenta de experiencias comunes. La violencia, como pudimos ver, opera justamente como dador de sentido, y mediante este, es posible vislumbrar la transformación de los significados en torno al espacio. Asimismo, podemos observar que la identidad colectiva se estructura a partir de la compleja red de relaciones sociales que las comunidades tejen y van constituyendo a partir de sus experiencias compartidas.

En tanto planteamiento teórico-metodológico, este escrito significó una posible hoja de ruta para el estudio de la violencia política a raíz de las movilizaciones de octubre en Chile. Las categorías utilizadas no son elegidas al azar, sino que son el fruto del contraste con la realidad social. En este sentido, la producción de memorias en torno a la violencia de la “revuelta popular”, esta cruzada por los diversos ejes teórico propuestos como se evidenció en la interpretación sobre el “estallido” a nivel local. No obstante, pareciera que un abordaje un poco más puntualizado de cada una de las aristas en torno al tema, pudiese otorgar claves de

lectura, aunque particulares y específicas, que aporten a la comprensión del fenómeno de la violencia. Aun así, esta aproximación posibilita la articulación multidisciplinar tan necesaria en las ciencias sociales y en la historia, para la comprensión de los fenómenos sociales.

Por su parte, el valor del mapeo colectivo para comprender como operan las representaciones simbólicas, es sin duda una herramienta para las ciencias sociales y la historia, de enorme valor que es posible utilizar como insumo pedagógico para la transmisión de las memorias en torno a la violencia. En este sentido, la cartografía realizada, en tanto artefacto cultural, posiciona un relato, pero, además, logra traspasar los límites de su contexto de producción y en la medida que su socialización lo permita, agregar otras capas de experiencia en torno a la VPC. Por ende, el valor de la cartografía de este tipo, es que logra construir un relato abierto a la incorporación de otros sentido y significados no previstos o que se mantiene en silencio y diversificar las herramientas metodológicas con las cuales trabajamos.

Bibliografía

Alvarado Lincopi, C., & Quezada Vasquez, I. (2020). Repertorios antocoloniales en Plaza Dignidad: Desmonumentalización y resignificación del espacio urbano en la revuleta. Santiago de Chile, 2019. *Aletheia*, 10(20).

Allende, M. (2019). La parte por el todo: monumentos y gestos anticoloniales. *Palabrapública*.

Antileo, E., Cárcamo-Huechante, L., Calfío, M., & Huinca-Piutrin, H. (2015). *Awükan ka kuxankan zugu wajmapu mew. Violencias coloniales en Wajmapu*. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche.

Araya, A. (2007). La fundación de una memoria colonial: la construcción de sujetos y narrativas en el espacio judicial del siglo XVIII. En T. Cornejo, & C. González, *Justicia, poder y sociedad en Chile. Recorridos histórico* (págs. 185-218). Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.

Ares, P., & Risler, J. (2013). *Manual de mapeo colectivo*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Aróstegui, J. (1994). Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia. *Ayer*(13), 17-55.

Aróstegui, J. (2004). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madris: Alianza.

Brizuela, F. (2017). Repensando la cartografía. De la representación objetiva del territorial al acto rizomático de mapear. *Quid*, 211-223.

Cortés, C. (2020). Notas para interpretar la desmonumentalización como actos performáticos de ajusticiamiento. *Crítica*, En <http://critica.cl/derecha/notas-para->

interpretar-a-la-desmonumentalizacion-como-actos-performaticos-de-ajusticiamiento#_edn28.

De Certeau, M. (1996). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.

Deleuze, G., & Guattari, F. (2004). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.

De la Vega, C. (Primer semestre 2019). Un salto desde el Vacío: La clase y el "problema" de la heterogeneidad de los sectores subalternos. *Actual Marx Intervenciones*(26), 17- 37.

Franco, M., & Levin, F. (2007). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Páidos.

Fernandez-Drogett, R. (2017). La producción social del espacio en manifestaciones conmemorativas, Santiago de Chile 1990-2011. *EURE*, 43(130), 97-114.

Flores, J., & Azocar, A. (2017). Mapas para el Estado. la representación de la Araucanía:1836-1916. *Scripta Nova*.

García Linera, Á. (2020). Marx y la visión multilineal de la historia. En E. Torres, E. Concheiro, F. Valdés, M. Bosch, P. Vommaro, & R. Gómez, *Marx, 200 años. Pasado, presente y futuro* (págs. 59-76). Buenos Aires: CLACSO.

González, S. (2014). Introducción a la representación cartográfica en las ciencias sociales. En González, *La dimensión espacial en las ciencias sociales* (págs. 151-177). México D.F.: Universidad Autónoma de México.

Grez, S. (9 de 11 de 2020). Pensar la revuelta. Lucha de clases y proyectos políticos. *Ciclos de debates: 50 años de la UP. Pensar la clase trabajadora, la izquierda y el socialismo*. (V. Bravo, Entrevistador)

Goicovic, I., Pinto, J., Lozoya, I., & Pérez, C. (2013). *Escrita con sangre. Historia de la violencia en América Latina: siglo XIX y XX*. Santiago: Ceibo.

Goicovic, I. (2020). *Contribuciones en torno a la revuelta popular (Chile 2019-2020)*. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=5w5PlbwFTNQ&t=1340s>

Goicovic, I. (26 de 11 de 2020). Seminario: género y poder en los márgenes. Línea de Historia y Memoria Social del Núcleo de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de La Frontera . *Revuelta popular y violencia política en el siglo XX chileno*. Temuco.

- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas universitarias de Zaragoza.
- Harley, B. (2005). *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*. (P. Laxton, Ed., L. García Cortéz, & J. Rodríguez, Trans.) México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Huyssen, A. (2001). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, E., & Del Pino, P. (2003). *Luchas locales, comunidades e identidades*. Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, E., & Lengland, V. (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI.
- Jorquera-Álvarez, T., & Piper Shafir, I. (2018). Revisión de estudios sobre violencias políticas realizados en las últimas décadas. *Psicoperspectivas*, 17(3), 1-13.
- Katayama Omura, R. (2014). *Introducción a la investigación cualitativa. Fundamentos, Métodos, estrategias y técnicas*. Lima: Universidad Inca Garcilaso de la Vega.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción social del espacio*. España: Capitán Swin.
- Nora, P. (2009). *Les lieux de memoire*. Santiago: LOM.
- Ponce, J. I. (2020). *Revuelta Popular. Cuando la "nueva" clase trabajadora se tomó las calles, Chile 2019*. Santiago: América en movimiento.
- Palacios, N. (2017). Memorias y violencias. un recorrido por algunas reflexiones y perspectivas. *Civilizar. Ciencias sociales y humanas*, 17(32), 209-227.
- Pollack, M. (2006). *Memoria, olvido y silencio*. La Plata: Ediciones Al margen.
- Polo, J. (2019). Articulaciones hegemónicas, identidades políticas y lucha de clases en Ernesto Laclau y Slavoj Žižek ¿una contradicción esencial o múltiples antagonismos contingentes? *Estudios, Utopía y praxis latinoamericana*, 24(85), 37-57.
- Pérez de Lama, J. (2009). la avispa y la orquídea hacen mapa en el seno de un rizoma. Cartografía y máquinas, relejendo a Deleuze y Guattari. *Pro-Posicoes*, 121-145.
- Pájaro, D., & Tello, E. (2014). Fundamentos epistemológicos para la cartografía participativa. *Etnoecológica*, 1-20.

- Ruiz, O. (2017). Un acercamiento a los estudios de la memoria social: conceptos y perspectivas analíticas. En Á. Bello, G. Yesica, O. Ruiz, & P. Rubilar, *Historia y memorias. Diálogo desde una perspectiva interdisciplinaria* (págs. 51-71). Temuco: Ediciones Universidad de La Frontera.
- Rivera Cusicanqui, S. (2019). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente encrisis*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Staroselsky, T. (2015). *Consideraciones en torno al concepto de experiencia de Walter Benjamin*. Obtenido de <http://jornadasfilo.fahce.unlp.edu.ar/>
- Silva Hidalgo, R. (2020). *Contribuciones en torno a la revuelta popular (Chile 2019-2020)*. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=5w5PlbwFTNQ&t=1340s>
- Traverso, E. (2007). Historia y memoria. Notas sobre un debate. En F. Levin, & M. Franco, *Historia reciente: perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (págs. 67-96). Buenos Aires: Paidós.
- Vilar, P. (1999). *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona: Crítica. Vilar, P. (2004). *Memoria, historia e historiadores*. Granada: Ediciones Universidad de Granada.
- Zapata, C. (2019). Poéticas de la insurgencia. *Palabra pública* (16), 35-37.